



27 de noviembre de 1881

Los salmos

Santa María Eugenia de Jesús

Mis queridas hijas:

La divina Providencia ha permitido que, durante mi viaje, haya escuchado enseñanzas tan útiles que me he propuesto repetir las aquí. No eran enseñanzas nuevas sobre los salmos, sobre el Oficio, pero estaban tan bien explicadas, eran tan sobrenaturales, tan piadosas, que las guardé en mi mente para repetir las.

Así pues, viajé con dom Chamard, que hablaba de los salmos con el amor que todo verdadero benedictino debe tener por el Oficio. Decía que los comentaristas modernos a menudo cometían el error de atribuir la composición de los salmos exclusivamente a los acontecimientos de la vida de David: no es que los acontecimientos de la vida de David no tengan algo que ver con algunos detalles o con el origen de ciertas palabras de los salmos. Pero lo que hay que ver como objetivo último de los salmos, si queremos aprovecharlos, es a nuestro Señor Jesucristo, en su persona y en sus miembros.

Nuestro Señor decía en el Evangelio: *Abraham se regocijó con alegría en la esperanza de ver mi día. Lo vio y se llenó de alegría*¹. Estas palabras se aplican a Isaías y a David. Vieron el día del Señor y se regocijaron. Esta luz profética y extática fue la base de su inspiración. Como David era en sí mismo un personaje profético de nuestro Señor, sucedió que los acontecimientos de su vida, sus dolores, sus pruebas, proféticos en sí mismos, fueron a menudo motivo de sus salmos, pero siempre los componía a la luz de Dios y con la vista puesta en el día de nuestro Señor.

No se puede admitir que David comenzara con sus propios acontecimientos para luego elevarse a nuestro Señor. ¿Cómo se explicaría entonces el salmo: *Oráculo del Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha*²? ¿Se sentó Salomón alguna vez a la derecha de Dios? No, aquí se trata de Jesucristo. Es Jesucristo, luz de David, el objeto de todos los salmos. Lo que dice el rey-profeta se aplica a Jesucristo o a sus miembros, los cuales, como David, pueden ser pecadores, pueden necesitar hacer penitencia, pueden reclamar en oración lo que les falta, pueden animarse a confiar en Dios.

Comprenderéis bien que, cuando se recitan los salmos, si desde la primera palabra vemos a nuestro Señor hablando de sí mismo o de sus miembros, tenemos más devoción que cuando nos imaginamos a David huyendo de Saúl, o descubriendo los destinos de Salomón, o cantando el poder y la gloria reservados al reino de Judá.

Dom Chamard añadía que los comentaristas modernos, sobre todo los alemanes, han adoptado el punto de vista más humano. Los comentaristas cristianos lo han adoptado en

¹ Jn 8, 56.

² Sal 109.1

parte. Los antiguos Padres no hacían lo mismo. San Agustín siempre ve a nuestro Señor Jesucristo en el fondo de las Escrituras. Solo ve esta visión profética, cuyo lenguaje no era el de la antigua ley. Dom Chamard mencionaba también a san Hilario y a muchos otros, pero yo me quedé sobre todo con lo que decía de nuestro padre san Agustín.

Después me contó que, dos horas antes de morir, Dom Guéranger había pedido a sus monjes que le cantaran el Salmo 102: *Bendice, alma mía, al Señor*, y me decía: «¡Mire qué cristiano es este salmo!». Lo traducía con alegría. El Señor es llamado *el hacedor de misericordias. Es justo, pero es longánime y misericordioso*. De hecho, todas las palabras de este salmo son palabras de consuelo para un hombre que va a morir y aparecer ante Dios.

Cuando, durante nuestra vida, hemos recitado el Oficio con mucha devoción; cuando hemos aplicado a nuestro Señor las palabras de los salmos; cuando las hemos recibido como palabras que nos dan a conocer a nuestro Señor Jesucristo, sus inclinaciones, sus pensamientos, ved cómo hasta el final esto puede ser un consuelo. Cuando se ha vivido del Oficio divino, el horizonte se amplía, se está en comunicación con una gran cantidad de santos. El número de santos que han recitado el Oficio es infinito. Dom Chamard me decía que en la Orden de San Benito hay más de cuarenta mil santos o beatos que, en un momento u otro, han sido honrados en la Iglesia.

Pues bien, hermanas, nosotras que recitamos el Oficio, aprovechemos para seguir los pasos de estos santos o bienaventurados. Recitemos el Oficio con mucha devoción; recibamos sus palabras, no de manera humana, sino de manera sobrenatural, divina, llena de fe, como lo hacía nuestro Padre san Agustín. Debemos seguir esa escuela, y por eso he creído que os haría algún placer repitiéndoos lo que me han dicho.